



12.3987

EL CASCABEL

SEIS PESETAS AL AÑO EN MADRID.
NÚMERO DEL DÍA DOS CUARTOS.

MADRID 5 DE ENERO DE 1875.

SIETE PESETAS AL AÑO EN PROVINCIAS.
NÚMERO ATRASADO: MEDIO REAL.

ADMINISTRACION: CALLE DE ATOCHA, NÚM. 59, BAJO: MADRID.

DON ALFONSO ES LA PAZ.

SR. D. CARLOS FRONTAURA.

Queridísimo amigo: acabo de recibir su afectuosa carta en que me dice Vd., entre otras cosas menos congruentes con la contestación que Vd. espera:

«Muchas veces, en estos últimos años, escribí a usted a Bilbao, donde residía, desahogando mi corazón de la tristeza y la profunda repugnancia que le causaba la bacanal revolucionaria de que era teatro Madrid, porque sabía que Vd. comprendía como pocos aquella tristeza y aquella repugnancia, de lo que son testigos para mí las cartas confidenciales con que Vd. contestaba a las mías, y para el público los libros y artículos que Vd. ha dado a luz en este último sesenio, llenos de enérgicos anatemas a los desleales y patricidas, y de generosos arranques de adhesión a la augusta dinastía vendida y desterrada. Hoy escribo a Vd. para hacerle una pregunta que deseo conteste, no como entonces por medio de una carta confidencial destinada a ser leída por mi solo, sino por medio de un artículo destinado a ser leído por los muchos millares de personas que gracias a Dios leen EL CASCABEL. La pregunta es esta:

«¿Es D. Alfonso la paz?»

«Yo creo que la paz inmediata ó la continuación de la guerra civil por algun tiempo, dependen del carlismo vasco-navarro. No sé de escritor que conozca mejor que Vd. el espíritu y la opinión actuales de las provincias vasco-navarras, y por consecuencia que pueda mejor que Vd. responder a mi pregunta, que le hago en nombre de los lectores de EL CASCABEL, seguro de que me han de agradecer que se la haya hecho.»

Contesto a Vd., querido Carlos, concreta y resueltamente en sentido afirmativo. Sí, D. Alfonso es la paz y voy a exponer las razones en que se funda esta firmísima creencia mía.

Pero antes de todo, permítame Vd. probar que no soy tan mal profeta como aquel periódico que se descolgaba días pasados exclamando: «¿D. Alfonso? ¡Jamás! ¡Jamás! ¡Jamás!» Así, al paso que lisonjee un poco mi vanidad de hombre, daré un poco de autoridad a la afirmación con que he contestado la pregunta de Vd.

Hace cerca de tres años escribí un libro titulado *El gaban y la chaqueta*, cuyos diez mil ejemplares se han agotado, y en él consagré este recuerdo a los augustos desterrados:

«Una tarde, hace cerca de siete años, estábamos en el puente de Argabia, disponiéndonos a abandonarnos en frágiles barquillas Urumea abajo.

«Los últimos rayos del sol poniente ceñían con una corona de luz la gloriosa cumbre del Ernio, el monte de los crucificados cántabros. Tañidos de campanas, melodías de la vasea-tibia, cantares de aldeanas, gritos de júbilo de aldeanos que tornaban de la vervena, cantos de pájaros que buscaban su nido, balidos de ovejas que respondían al balido de sus hijuelos, ruido de tolvas de molino, de martillos, de telares y de máquinas movidas por el agua ó el vapor su glorioso hijo, y allá á lo lejos, hacia Donostia la hermosa y Fuenterrabía la heroica, el sordo rumor del mar cuyas olas se estrellaban en las rocas calcáreas del Urcúlla y el Iguer; todo esto llenaba nuestra alma no sabemos de qué dulce, solemne y santa melancolía!

«Tú madre, que contigo de la mano acababa de recorrer nuestros apacibles valles vascongados, nos dijo:

—«Comprendo que queráis sobre todas las cosas vivir y amar y trabajar y morir, donde habeis nacido!»
«Y así diciendo, su dulce mirada, después de vagar desde las cumbres del Aitzgorri que dominan a Castilla, á las cumbres del Jaizquíbel que dominan a Francia, volvió a posarse en tí que jugabas, alegre, feliz, inocente y hermoso, en la pradera, y entonces sus ojos se llenaron de lágrimas!

«¿Eran aquellas lágrimas presentimiento maternal de tu desventura? ¡Sólo Dios lo sabe! Los que creemos en Dios sólo sabemos que ha proclamado la fecundidad de las lágrimas diciendo que los que siembran con ellas segaran con regocijo! ¡Quizá te sientas llorando junto a los rios de Babilonia, para tener un alto y glorioso destino en Israel!»

Aún no habían pasado aquellos abominables tiempos en que hasta algunos de nuestros más ilustres ingenios recogían todo el cieno de su corazón para arrojárselo a la augusta y dolorida frente de una madre y un niño expatriados, y sin embargo, Vd. querido Carlos, que constantemente ha tenido durante estos últimos seis años su peregrino ingéaio y su popular periódico al servicio del infortunio inmerecido cuya causa era la de la patria y la justicia, Vd. trasladó a su periódico el profético recuerdo de mi libro.

No sé quién ha dicho que todo el que tiene don de pensar tiene don de profetizar. Ya ve Vd. que yo también le tengo, pues mi profecía se ha cumplido: el augusto niño desterrado se sentaba llorando junto a los rios de Babilonia, para tener un alto y glorioso destino en Israel!

Pero vamos ya a exponer las razones en que fundo mi firmísima creencia de que D. Alfonso es la paz. Empiezo por asegurar que al ser arrojada del tro-

no y de la patria la reina doña Isabel II, hacia muchos años que el carlismo no existía en las provincias Vascongadas. Vea Vd. aquí algunas pruebas de ello: lo mismo en los pueblos grandes que en los pequeños visitados por la reina, esta augusta señora y su real familia fueron constantemente acogidos con las más evidentes pruebas del amor y el entusiasmo popular; en 1864 redacté yo un mensaje a la reina, en que se reconocía a esta de hecho y de derecho en los términos más explícitos y entusiastas, y el Señorío de Vizcaya congregado en junta general so el árbol de Guernica aprobó por unanimidad aquel documento, dió un solemne voto de gracias al cronista que le había redactado, «por lo bien y fielmente que había interpretado los deseos y sentimientos del país,» y firmaron el mensaje todos los hombres más notables de Vizcaya incluidos los que habían militado en el campo carlista y muchos de los que militan hoy blasonando con el mayor descafo de consecuentes carlistas; por último, desde el convenio de Vergara hasta la revolución de 1868, el carlismo se levantó en armas repetidas veces en el resto de España, y aún mantuvo la guerra civil años enteros, y en las provincias Vascongadas no logró turbar ni un solo día la paz. Aún después de arrojada del trono la reina legítima, trascurrieron dos años sin que se levantara en armas un carlista en aquellas provincias, á pesar de que no faltaron levantamientos en el mismo sentido en el resto de la nación.

En Agosto de 1869 preguntaba yo á un anciano de mucha autoridad, que había peleado valerosamente por el llamado Carlos V, la causa de no haber levantamientos carlistas en las provincias Vascongadas cuando los había en otras, y me contestó: «Ya los habrá cuando vea la gente que no vuelven la reina ni el rey chiquito.» El rey chiquito ha vuelto con todas las probabilidades de ser un gran rey!

Los caudillos del carlismo vascongado añaden á la inica tiranía el descarado sarcasmo, dando el nombre de voluntarios á la robusta, valerosa ó hidalga juventud que constituye la casi totalidad de su ejército. Yo aseguro que entre los 25.000 vascongados que hoy empuñan las armas en favor de D. Carlos, no hay 3.000 voluntarios. El distrito de las Encartaciones, que viene á ser la sexta parte de Vizcaya y no la menos carlista, cuenta CUARENTA Y TRES VOLUNTARIOS.

Los que no conocen el espíritu, el modo de ser, la vida y, sobre todo, la población de las Provincias Vascongadas (y son muchos los que se hallan en este caso, como que hasta los hay en las capitales de aquel país) no comprenden cómo la juventud ha tomado allí

una prenda, como un lazo de nuestra naciente amistad. Yo soy ave de paso en estas zonas. ¿Le arrebatara á él de tan excelente dueño, llevándole á mi lado como una sombra de mi conciencia? ¡Dios me libre! Los fantasmas se van y se vienen. Adios pues, amigo mio: pueda el recuerdo de la gratitud de Lucrecia vivir en un alma tan noble tanto como la vida de Cid, en unión de otras amistades más nuevas, y de otros recuerdos.

Pero ella no le dijo nada semejante, limitándose á contestar con altivez:

—Entonces rehusó.

Y su actitud era más dura que su tono.

Dos semanas atrás no hubiera sido tan altanera. El sol del cojo Riffle aun no asomaba en lontananza su rubicunda faz.

Rafael la miraba y se admiraba.

«Era aquella la Lucrecia que él había entrevisto? No obstante su inexperta juventud, lo hallaba todo en ella de buen tono.

«¿Quién arranca á un amante de buenas á primeras sus ilusiones?

Por eso exclamó con arranque tan sentido que hizo llorar á Tralla.

—El caballo no es robado, señorita. Me ofende ese desaire tan á secas.

—Pues mucho más me ofende á mí tal atrevimiento en un desconocido.

El buen Tralla agachó las orejas sintiendo esta herida.

Cid loaba entretanto la grandeza de Alá.

Pero Rafael, que no halló medio de volver la rienda, replicó con la seguridad de su orgullo ofendido:

—No, señora. Solo los dos hemos de intervenir en este asunto.

La inglesa preguntó con fingida perplejidad:

—¿No vende Vd. el caballo?

—No, señora, replicó Rafael.

Lucrecia entonces le miró atentamente sin sombra de rubor.

—Le he comprendido mal—dijo por fin.

—No señora—repitió el jóven por tercera vez más muerto que vivo.—Seré yo sin duda el que mal se ha explicado. He querido decir, que bastará que Vd. me otorgue su venia, para que yo le envíe el caballo tan pronto como llegue á casa... Pero esto, señorita, no es vender una joya... no es faltar á un amigo... no es perder un afecto... es sacrificar todas estas cosas juntas á sus plantas de Vd... como un justo homenaje... como segura prenda de mi... de mi profunda admiración.

Al expresarse de este modo sudaba á mares el pobre muchacho y un color se le iba y otro se le venía.

Si la mujer que inspiraba aquel afecto hubiera tenido buen corazón de fiyo le dice:

—No sea Vd. niño, caballero: guarde Vd. á Cid como

PÍLADES Y ORESTES.

CUENTO ORIGINAL

L. S. DE BARRAMEDA.

(Continuacion.)

Y como en prueba de favor soberano, pasó dos ó tres veces su elegante fusta por entre las crines de Cid.

Este se estremecía de indignacion, y Tralla los miraba á la cara con un palmo de lengua de fuera.

Rafael volvió á decir:

—Pues bien; entonces, señorita, permítame Vd. que se lo ofrezca.

Tralla, á pesar de su optimismo, no pudo menos de criticar aquel paso.

En cuanto á Cid, estuvo á punto de dar un bote de carnero, justo y merecidísimo castigo á la infidelidad de Rafael; pero estaba escrito que éste cayera de más alto á las lanzadas de Lucrecia.

—¡Ah! Bien; me cede Vd. el caballo, contestóle ella muy complacida de aquel régio homenaje. Mas no pudiendo reprimir su natural avieso y agri-empalagoso, añadió con su atiplada vocecita: Ese es asunto de mi intendente. Gracias, señor mio, por la preferencia. Véase Vd. con él.

19 JUL 1911

las armas contra su voluntad, cómo habiéndolas tomado á la fuerza no deserta de las filas carlistas, y cómo no peleando á gusto pelea con valor.

La extension que debe tener esta carta no permite explicar esto más que muy sumariamente: faltos los pueblos de toda proteccion para resistir el levantamiento; abandonados completamente á la violencia de los carlistas armados; sin esperanza de que el gobierno tuviera medios eficaces para protegerlos; dispersa la poblacion en caserías aisladas; convertidos los delegados del gobierno revolucionario en tiranos que hubieran sido más temibles que los mismos carlistas, si su poder hubiera alcanzado á ello; y finalmente, castigando los carlistas con el apaleamiento y el saqueo á los padres de los jóvenes que no se presentaban á tomar las armas, ¿cómo era posible que la juventud vascongada resistiese la violencia del carlismo ni desertase de las filas carlistas? En cuanto al valor con que pelean por una causa que rechaza su conciencia, póngase la mano sobre el corazón el que tenga pundonor y se lo explicará perfectamente. Jóvenes pundonorosos, como lo son generalmente los vascongados, no vuelven la espalda en el combate, aunque combaten contra su voluntad.

Hoy el gobierno legítimo tiene un ejército poderoso con bandera definida y gloriosa para combatir al carlismo y proteger de las violencias de éste á los pueblos y los individuos; hoy saben los vascongados quién gobierna y ha de gobernar á España; hoy saben que es rey de España D. Alfonso XII, el augusto hijo de aquella señora, durante cuyo reinado tan pacíficos, prósperos y felices vivieron por espacio de treinta años; y hoy los vascongados rendirán las armas y prestarán leal homenaje á D. Alfonso XII, como las rindieron y le prestaron á Doña Isabel II.

Aquí tiene Vd., querido Carlos, sumariamente explicadas las razones que tengo para contestar afirmativamente la pregunta que Vd. me hace, para decir con toda la convicción de mi alma que *D. Alfonso es la paz*. La paz ó la guerra depende, en efecto, de los carlistas del Norte, y yo creo que al subir D. Alfonso al trono real de su madre, baja D. Carlos del trono quimérico de su abuelo.

De Vd. cariñoso amigo y colaborador,
ANTONIO DE TRUERA.

COSAS DEL DIA.

A LOS SEÑORES QUE SE HAN IDO... A PASEO.

Francamente, la vida que Vds. traían tenía que acabar pronto, y crean Vds. que me asombro de que haya tenido tan dulce y tranquilo término, porque, cuidado que pasa de castaño oscuro lo que Vds. han hecho con el país. Con Vds. hablo, señores revolucionarios setembrinos, radicales, republicanos de orden, de desorden, federales, cantonales, liquidadores de lo ajeno y enemigos de Dios y de los santos y del género humano.

Aprendan Vds. ahora á ser generosos: al volver la dinastía legítima y al caer la *din-as-tía* de Vds., nadie les ha dicho ningún insulto, nadie se ha metido con Vds., á ninguno de Vds. se ha perseguido por calles y plazas como Vds. hacían, y no hay que lamentar ninguna desgracia.

En algo se ha de diferenciar la gente de orden y

Esta palabra hirió como un puñal el corazón del joven.

—Un desconocido... Yo un desconocido, señorita Lucrecia—exclamó vivamente—pues á mí me parecía... es decir, pensaba... No, no es esto tampoco... Usted... Yo... Pero en fin, he sido un necio. Yo me figuraba que Vd. me había dado el derecho de imaginar que no era un desconocido para Vd. desde hace un año.

—¿Yo? ¿Qué dice este hombre? Señor mío, basta—exclamó la irritada señorita, haciendo con la mano un ademán regio—basta: buenas tardes.

Y sacudiendo con la fusta á su yegua partió á galope dejando á Rafael fuera de sí.

XIV.

—Mi niño Rafael está muy malo—exclamaba la señora al otro día—que ensille al punto Chapín la jaca arreta, y me traiga los mejores médicos de Gibraltar.

—¿Alboroto pues, cundió hasta la cuadra.

—¿Escuchaba todo aquello muerto de risa exclamando al oído de su amigo.

—No tiene el pobre mala indigestion. Esa fruta de la que es una picara. Que le apliquen unos sinapis.

El buen Tralla evitaba todo comentario, y andaba triste como siempre acechando todas las ocasiones de penetrar en el cuarto de Rafael.

sentido comun de los bullangueros, que tienen la cabeza más hueca que un tambor.

Vayan Vds. mucho con Dios, bien que Vds. no quieren nada con Dios, y cómase cada cual lo que ha podido ir guardando en estos seis añitos en que hemos ayunado todos los que no reconocíamos á los centenares de reyezuelos de mogollon, que ha tenido este país, más déspotas que el mismo Calomarde, aunque de tan liberalotes se las echaban.

El pueblo les ha conocido á Vds. y ya se ha visto que no se ha presentado esta vez ni un solo borracho que salga á defender las conquistas revolucionarias.

Algunos de Vds. no las han hecho malas, eso sí; ya conozco yo más de uno y más de dos que no tenían un ochavo y ahora tienen su papel del Estado, comprado casi de balde para venderlo caro y ganar un dineral ahora que ha vuelto la *picara restauracion*, y otros tienen posesiones, y ahora se irán á ellas aguardando el momento de volver á conspirar, aunque me parece á mí que este gobierno estará alerta, y no les dejará á Vds. conspirar tranquilamente.

¡Buena dejan Vds. al país!

Pero con voluntad, con honradez y con patriotismo todavía podrán aliviarse los males de la patria.

Adios, señores, que Vds. no sigan bien.

Expresiones á la Tertulia radical.

Que se alivie la federal.

Un Padre-nuestro y un Ave-María por la gloriosa.

A LOS SEÑORES QUE HAN VENIDO.

Doy á Vds. mi más cordial enhorabuena, y así Dios me salve como deseo que tengan Vds. tanto acierto como tienen buena voluntad.

Esto está muy malo; la revolucion nos ha dejado en cruz y en cuadro. Hay mucho que remediar en la administración, mucho que corregir en las costumbres, mucho que hacer en todos sentidos.

El pueblo está ya harto de lo que ha acabado con el año 1874, y espera y confía.

Ya tenemos rey español, rey que no tiene odios, á quien todo el mundo espera con cariño, y que se hará amar de todos.

Ahora hay que hacer que D. Carlos nos deje en paz, y esto ahora es cuando podrá lograrse. Antes no podía conseguirse porque no tenía enfrente más que á unos caballeros que reinaban, digámoslo así, *porque sí*, y esta razon y la de que el mocito se conoce que es terco, mantenían sus esperanzas. Ahora tiene que convencerse de que *no hay tu tía*, y al fin tendrá que ir á contárselo á su tía, que alguna tendrá el señor.

Señores gobernantes, mucha energía, mucha economía, y mucha justicia, y mucho orden, y al que conspire duro en él, para que no volvamos á las andadas.

Hay que proteger la literatura, dar todo género de estímulos á las artes y á la industria; hay que hacer algo por el teatro español; hay que premiar al que lo merezca; hay que combatir los muchos vicios de esta sociedad; hay que procurar con el mayor ahínco que el reinado de Alfonso XII sea el más glorioso, el más próspero, el más feliz para la patria.

Envidiable y digna misión es la de Vds.

Dios les dé mucha salud para cumplirla.

A D. CARLOS.

Hombre, no sea Vd. terco; reflexione un poco y

La misma noche dijo á Cid.

—No tengas cuidado: el médico es homeópata y le ha dado acónito: mañana estará bueno.

Y en efecto, así fué.

XV.

Al tercer día, esto es, el miércoles siguiente de aquel domingo infausto, cuando todos los vecinos acomodados aun reposaban en sus lechos, y los jornaleros, artesanos y vendedores, apercebíanse al cotidiano trabajo, sintióse en la misma calle de Rafael vivo tropel de gente, extraña vocería, desusado alboroto de abrir y cerrar puertas.

Chapín, que acostumbraba levantarse con *Mata-Gañanes*, abrió la suya para inquirir la causa del tumulto.

Tralla por no ser menos salió detrás.

—¿Mas qué direis de su perfecto asombro, cuando al volver la esquina hallóse cara á cara con la tierna Foca?

Su alegría igualaba á su sorpresa.

—¿Qué es esto—dijo—dónde vas, mi bien, tan de mañana?

—En tu busca venía—respondióle ella con vivo y plácido ademán.

Tralla quedó como deslumbrado.

La perra prosiguió:

haga exámen de conciencia. Si la tiene Vd., como creo, le espantará la generosa sangre vertida por causa de Vd. en esta nobilísima tierra. Aun es tiempo de que los españoles le agradezcan un movimiento generoso. ¡Cuánto ganaría Vd. á los ojos de Dios y de los hombres diciendo á los suyos: «Caballeros, se acabó; yo me largo; no quiero más guerra. Me voy á casa con la señora y los niños, y que Dios nos perdone!» Eso sí que sería digno de un príncipe.

MEMORIAS PÓSTUMAS

de un español de nuestros tiempos.

II.

La primera vez que yo me metí en una gresca seria y de verdadero carácter político, fué el año de 1848. Tenía veinte años y había otreído que los liberales españoles, por no ser menos que los franceses, que acababan de destronar á Luis Felipe, habían pensado armar una revolucion de padre y muy señor mío, con el piadoso propósito de dar al traste con el gobierno opresor de los moderados. Yo no sabía cómo ni cuándo se daría el grito, pero sabía que se preparaba jarana y estaba ojo avizor para no desaprovechar tan buena ocasion de prestar un gran servicio á mi país. ¡Ahí es nada, derribar un gobierno que conserva el orden y no permite que nadie se desmande!

Era el 26 de Marzo, bien me acuerdo, cuando volviendo del Prado á eso de anochecer, observé que empezaban las gentes á correr y á cerrarse las tiendas: al mismo tiempo decían las gentes asustadas, que en la calle del Lobo, en la del Príncipe y no sé dónde más habian empezado á levantarse barricadas y se oían ya algunos tiros.

—Esta es la ocasion de inmortalizar mi nombre, pensé para mí, y acto continuo resolví unirme al primer grupo de patriotas que se me presentara á la vista.

Y en efecto, llegaba entonces á la plazuela de la Cebada, en donde advertí inusitado movimiento y me encontré en medio de un grupo numeroso de hombres mal trazados, que se desgañaban á gritar y que estaban repartiéndose una porcion de carabinas y fusiles viejos. Les pedí un arma y me la dieron de buen grado, invitándome á que ayudara á desempedrar la calle para construir una barricada.

¡Valiente rato me di arrancando cantos! Sudaba gotas del tamaño de avellanas, pero por libertar á la patria de sus tiranos todo puede llevarse con paciencia. Ya teníamos nuestra barricada medio construida cuando por la parte alta de la calle de Toledo, se oyó el paso de ataque de las cornetas militares al mismo tiempo que algunos disparos de fusilería. Creo que éramos unos cuarenta los que estábamos echando bravatas junto á la barricada, pero no sé como ello fué que al sonar los primeros tiros nos quedamos solos como una docena. Me pareció muy mal volver las espaldas al enemigo y permanecí á pié firme cargando mi carabina; sin duda era tal mi aturdimiento que le metí dos ó tres cartuchos seguidos (por fortuna mia eran de pólvora sola), los atacé de mala manera, fuí á echarme el arma á la cara para hacer fuego, y ¡pum! antes de tiempo se me escapó el gatillo, sonó una horrible detonacion al reventarse el cañon de mi carabina, y aturdido por la conmocion y por un gol-

—Hoy que renazco á la vida por la libertad, he decidido asociarte á mi suerte.

—Dios mío... Foca... pero qué ocurre?

—Vas á saberlo, Tralla. No miente el que asegura que el fin de los tiranos se aproxima: á la sazón el cojo de mi casa se encuentra al *su único hijo*, y el D. Severo solo Dios sabe dónde. El caso es el siguiente. Anoche fuimos sorprendidos por media docena de facinerosos, atados, secuestrados y robados. Yo más muerta que viva, presenciaba los toros desde la cornisa del aparador grande donde me encaramé. Afortunadamente estaba puesta la escala en que ensayo la maniobra. Por fin, quiso Dios que todo se sosegara. Los ladrones, que no dieron con el nido llevaron como indemnizacion á D. Severo. ¡Pobres muchachos, avidos van! El cojo quedó amarrado en la cama con su mordaza puesta, y sin mi intervencion se hubiera ahogado. Yo le he devuelto bien por mal, he querido inaugurar este dia con una buena accion, y he desatado sus ligaduras con mis manos y dientes. Enseguida, abrió él la puerta y empezó el alboroto. Ahora lo están sangrando; la justicia y el pueblo invaden la casa... mientras que yo... yo... corro á tu encuentro para que me lleves á recorrer esos campos, á triscar por esas praderas, á nadar en las azules olas de ese Mediterráneo que baña á Chipre y á Parthénope.

(Se continuara.)

pe que me dió la culata en el hombro, caí al suelo haciéndome de paso una buena descalabrada con una de las piedras de la barricada.

Creo que perdí el conocimiento, si es que antes lo tenía; oí como en sueños muchos tiros y grandes voces, pasaron sobre mi cuerpo algunos combatientes, y cuando recobré el sentido estaba ya solo y apenas se oía á lo lejos alguno que otro tiro. Me levanté como pude, me vendé la descalabrada con el pañuelo del bolsillo y por la primera callejuela que se me presentó tomé el portante más que á paso, sin acordarme de recobrar el arma que tan mal servicio me había prestado.

No se veía un alma por las calles; solo al desembocar en una plazuela encontré un grupo de hombres y me acerqué á ellos, para que me hicieran la merced de vendarme bien la herida que había recibido, según les dije, luchando por la patria.

¡Infeiz de mí!... Eran de la ronda secreta y me recibieron á estacazos. Acaso hubieran acabado con mi heroica existencia, si por mi suerte uno de ellos, que era vecino de mi misma casa, no me hubiese reconocido, y tomándome bajo su amparo no me hubiera sustraído á la furia de sus compañeros.

El caritativo polizonte me llevó á mi casa para que me vendaran y curaran de los golpes, y encargó de paso que á la mañana me hiciesen salir de Madrid y me llevaran á algun pueblo en donde pasara oculto algunos meses, hasta que la cosa se tranquilizara y lo del pronunciamiento se hubiera olvidado.

Así se hizo, y pasé cuatro ó cinco meses en un pueblecito de la Alcarria, en casa de un tío de mi señora mamá. Por de pronto aquel año perdí el curso, pero no fué esto lo peor, sino que á mi padre le prendieron y por sospechoso le deportaron á Filipinas, de donde no volvió porque la disenteria se lo llevó al otro mundo.

¡En bonita situación quedamos mi madre y yo! Fué la suerte que ella tenía algunas tierrecillas y una casa vieja en su pueblo y malvendiendo estas fincas reunió algunos cuartos para que pudiéramos vivir mientras yo acababa mi carrera de médico.

Volví á Madrid, pero el estudio no me tiraba, lo confieso, y sintiendo en mi cabeza la llama del genio, quise escalar el templo de la fama y el de la fortuna, metiéndome á autor de comedias que es uno de los oficios más fáciles, como que no necesita estudio de ninguna clase. De mis primeras veinte producciones no conseguí que se me representara ninguna, y eso que las ofrecí á todas las empresas de teatros que había en la coronada villa.

Mi producción número veintiuno tuvo mejor suerte. Un amigo mío, asociado con varios hombres de talento, tomó un teatrillo de tercer orden y formó una compañía con varios artistas de los que trabajaban en sociedades de aficionados. Yo también había representado algunos papeles en sociedades dramáticas, y hasta había sido aplaudido. Entré, pues, en la compañía con el doble carácter de autor y de galán joven, y una de las primeras obras que se pusieron en escena fué mi vigésima primera comedia.

¡Pero qué enemigo tan malo es la envidia! Alguien presentia mis triunfos dramáticos, y aconsejado por esa mala pasión, preparó una intriga diabólica para que mi comedia fuera silbada. Yo hacia en ella un papel muy principal, y recibí el primer chubasco. ¿Silbaban al autor ó al actor? No lo sé; puedo decir solamente que algunas patatas y pepinos me alcanzaron, precisamente en el momento en que, arrodillado á los pies de la dama joven, le hacia una declaración en octavas reales.

Despechado desde aquel día, renuncié á los triunfos escénicos, condenando á mi patria á no envanecerse con la gloria que mi nombre le habría conquistado, y me dediqué á traducir novelas francesas á 20 reales el pliego.

Pero la pícara política que había precedido á mi nacimiento era mi sino. De mi tranquila existencia de traductor vino á sacarme el pronunciamiento de 1854. Yo fui de los primeros que acudieron cuando se trató de incendiar el palacio de la reina Cristina. ¡Qué recuerdos tan agradables guardaría yo de aquellos días en que el pueblo conquistó la soberanía que no le duró dos años cabales, si una pícara bala disparada acaso por el fusil reaccionario de algun guardia civil no hubiera venido á darme precisamente en la mano derecha, haciéndome en ella un destrozo horrible! El caso es que por buenas composturas pasé mes y medio en el hospital, y de allí salí sin la mano derecha que había sido preciso amputarme.

En una porcion de tiempo no pude traducir más folletines, hasta que me acostumbré á escribir con la mano izquierda. ¿No habría sido justo que por inválido en la defensa de las libertades patrias se me hubiera premiado siquiera con una porteria de un Ministerio? Pues ni aun eso se me concedió, y no porque dejara de hacer diligencias para conseguirlo. Ni aun tuve el

gusto de vestir el honroso uniforme de la Milicia, que esto me habría consolado en parte. ¿De qué podía servir un miliciano manco?

No sirvieron de mucho más los que tenían sus miembros completos, porque en 1856 se dejaron arrebatar los fusiles y la libertad á tanta costa conquistada.

Quiero correr un velo sobre los diez años que pasé hasta 1866, en que la fortuna, cansada de perseguirme, dispuso que muriera un tío bastante rico que yo tenía en Cartagena, el cual tuvo la humorada de dejarme por su único heredero. Me dejó tres casas que tenía en Cartagena y un millón de reales en títulos de la deuda interior; lo bastante para vivir con desahogo y no necesitar á nadie, porque reunia cerca de tres mil duros de renta.

Varias veces había pensado en casarme; pero pobre y manco ninguna muchacha me quería. Sin embargo, apenas me convertí en propietario y rentista, tuve la suerte de encontrar una joven modesta y bien parecida que correspondió á mi amorosa pasión. En fin, que hice el último desatino y me casé.

Los disgustos que me dieron la política y mi mujer no son para contados. Al poco tiempo de casarme tuve que emigrar á Francia, porque entre los liberales se hizo moda el emigrar. Volví en 1868, cuando triunfó la gloriosa, me gasté algunos ahorros que tenía en procurarme votos para salir diputado; ¡mas ay!... un candidato ministerial me entrampó la elección y me venció por 15 votos, que seguramente no le costaron nada.

En fin, para terminar la historia de mis desventuras, entre los cantonales del general Contreras y las bombas del ejército leal que sitió á la ciudad insurrecta, me dejaron por el suelo las tres casas de Cartagena, en disposición que se han convertido en tres solares á donde los chiquillos van á jugar á la rayuela. Diez y ocho meses hace que no veo una triste peseta de los intereses que debía pagarme el Estado por la renta consolidada, cuyos cupones estoy pronto á regalar al que los quiera. He empeñado los títulos por tres mil duros que mi mujer ha derrochado bonitamente en medio año. ¿Qué recurso me queda? Tragarme una caja de cerillas antes de que se acaben, que, según dicen, ya van escaseando desde que el señor Camacho ha dispuesto que á cada una de ellas acompañe un perro chico.

Esta es mi última resolución. Quien lea estos renglones mal trazados con la mano izquierda, la disculpará sin duda.

LOS ESCRITORES HOMÓNIMOS.

Sr. D. Manuel Fernandez y Gonzalez.

Mi querido tocayo:

No sé si es desgracia ó es fortuna llevar un apellido ilustre en la república de las letras. El mío, precedido de un nombre modesto (y bien supo el padrino lo que hizo), dá lugar á frecuentes equivocaciones, en las que siempre salgo yo ganancioso. Quién me considera el primer novelista español de los presentes tiempos; quién me otorga el título de catedrático de filosofía y letras de la Universidad central; quién supone que soy hombre de años, lleno de estudios y sobrado de merecimientos.

Pues esta confusión de apellidos, que la gente se empeña en amalgamar, produce escenas cómicas, más para oídas que para descritas.

Figúrese Vd., mi buen tocayo, que no pasa día sin que entren por esta su casa, y humildísima habitación, dos ó tres personas deseosas de abrazar y de conocer al más fecundo de nuestros novelistas. Los diálogos que se entablan con este motivo son curiosos y por demás entretenidos.

El uno me pregunta si soy D. Manuel Fernandez y Gonzalez: el otro me interpela como si fuera don Francisco Fernandez Gonzalez (sin la conjunción copulativa), creyéndome profesor de estética, por cierto muy ilustrado.

Me veo y me deseo para hacerles comprender que el novelista es una persona de carne y hueso como yo; pero de inteligencia tan sobresaliente, de imaginación tan lozana, y de fecundidad tan admirable, que basta fijarse en la fisonomía para comprender que yo no he recibido del cielo ni de la tierra tan señaladas mercedes. Pues *erre* que *erre*, empeñados los visitantes, los unos portadores de novelas manuscritas, los otros principiantes en el arte dramático, los más peticionarios de obras de caridad, en que un servidor de usted pretende ocultar su nombre y sustituir á otro escritor.

Y no para aquí la cosa. Días pasados se me presentó un semi-anciano, que, sin los saludos de costumbre, me abrazaba con cariño paternal. ¡Cuál fué su asombro al manifestarle que no tenía el honor de conocerle!—¿No es Vd. D. Manuel Fernandez y Gonza-

lez, mi íntimo amigo de Granada?—No, señor.—¿Pero no es Vd. el novelista andaluz, á quien no he visto hace ya bastantes años?—No, señor; si lo fuera, *otro gallo me cantara*.—Pues dispense usted la equivocación.

Y á este tenor, jóvenes y ancianos, sin distinción de sexo, aguijoneados por la popularidad de Vd., me interpelan y se disgustan á la vez al encontrarse con un escritor distinto del que ellos se figuraban.

A buen seguro que á Vd. no le sucede otro tanto. Nadie le preguntará por mí, ni á nadie le interesan mis pobres trabajos.

Estas equivocaciones, puramente casuales, revelan bien á las claras las preferencias de la opinión, muy merecidas, á favor de Vd. Y no me extraña. Un novelista, solo comparable en Francia á Alejandro Dumas, y en Portugal á Camilo Castello-Branco; un autor dramático, que se hace aplaudir en *Cid Rodrigo de Vivar* por una versificación fluida y armoniosa; un poeta que canta y conmemora las proezas del ejército y marina española en la guerra de Africa; un escritor que describe con galanura los episodios históricos nacionales, es digno del aprecio de sus contemporáneos. Ya que las obras serias del ingenio humano no produzcan en nuestra patria recursos bastantes para levantar palacios y para crear fortunas, sírvale á Vd., tocayo, de satisfacción el nombre que ha adquirido dentro y fuera de España, mucho más ahora que busca en la pureza del lenguaje y en la bondad de sus obras los aplausos de los doctos.

Estos triunfos literarios los vé con agrado, y sin envidia, su devoto y admirador

MODESTO FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Como todas las cartas tienen postdata, esta la emplearé en felicitar á Vd. en el día de su santo, y en deseársle buena entrada de año.

Madrid 31 de Diciembre.

LA CLAMORADA.

Mal impreso, como todos los portentos literarios suelen estarlo, y ocupando ocho páginas en octavo de un papel especial, hemos recibido un folletito titulado *La Clamorada*, cuya palabra nace en Trujillo, en la imprenta de Acedo, destinada indudablemente á generalizarse y tomar carta de naturaleza en la lengua castellana. Al mencionado título acompaña otro más expresivo; y con el objeto de que sea bien conocido, lo copiamos íntegro á continuación:

LA CLAMORADA

Ó SEA

EL HAMBRE DE LOS PASIVOS.

Entre-mes

DEDICADO AL SEÑOR MINISTRO DE HACIENDA.

AGUINALDO

del año 1874.

Vuelta la hoja, encontramos lo que sigue:

PERSONAJES.

GUERRAS.

Un Anciano Coronel.....	en la Independencia...
Un Veterano Capitan.....	de la del 20.....
Un Inválido Teniente.....	de la del 33.....
Un Manco Sargento.....	de la de Africa.....
Un Ciego Cabo.....	en Santo Domingo.....
Un Cojo Soldado.....	en Cuba.....
Una Viuda de Comandante.....	en Alcolea.....
Huérfana de Alférez.....	en Abanto.....
Antonio, Pasivo.....	Escribidor.....

La acción se desenvuelve en todo el reino: se exceptúa Madrid, por ser epidémica y contagiosa.

La decoración un cementerio.

Escena única, dice en seguida. *Despacho de escritor rural, tintero de corcho*, etc. Ignoramos qué especial condición distingue á los despachos de escritores rurales, aun cuando ya el tintero de corcho es en extremo significativo.

Y, con efecto, el autor añade que *aparece D. Antonio en disposición de escribir*. Primera aparición.

Oyese en el interior bulla y gritería, como si dijéramos la *overtura* de la obra, y entrañ *en barullo* todos los personajes. Segunda aparición.

Respecto á lo que dicen, no hemos de privar á nuestros lectores de que lo conozcan íntegro. Vuélvanse ojos y dispónganse al aplauso:

Huérfana. Este es, hijo.

Viuda. ¿Está V. bien?

Coronel. ¿Es V. oficial pasivo?

Capitan. ¿Escritor del LAGARERO

Soldado. cuando la REVOLUCION?

D. Antonio. Paso, Señores, chiton:

cada cual á su cortijo:

los tiempos han variado.

Yo estoy bien, aunque no ancho:

al buen callar llaman Sancho.

La entereza con que D. Antonio pronuncia las anteriores frases hace que la viuda rompa á llorar; que le digan todos, á verso por barba, que es necesario que pida al Gobierno en favor de las clases pasivas; y

en vista de que todo es inútil, el coronel se vé en el doloroso trance de decir *con acción dramática*, según la oportuna acotación del poeta:

En el pueblo Castellano se tiene á villana mengua de sujetarse en la lengua, de negar espada y mano, para amparar á la dama, por proteger al anciano.

D. Antonio no resiste—¿quién podría resistir?—y sentándose dice con un arranque no ménos noble que el del coronel:

D. Antonio. ¡Vive Dios! Hidalgo soy, y pronto á escribir estoy: claro hablad, sin confusión.

Desde este momento el diálogo marcha como una seda. ¡Mal año y mal mes para D. Eleuterio Crispin de Andorra, el autor del *reverberante número* y todos los saltadores del Pindo! ¡Aquí sí que el autor puede estar ufano y orgulloso de haber dado vida á lo que debiera dársela á él eterno!

Oigamos:

Capitan. Uno á uno y con razon fundado en qué ley lamenta;

Coronel. sin faltar á la de imprenta.

D. Antonio. Si; no es cosa baladí el caer en un deslíz.

Coronel. «En súplica y reverencia elevan á su excelencia,

Capitan. los que en la Provincia viven,

Teniente. los que en la Provincia pasan del dintel de la miseria

al sótano de la trampa:

Soldado. con dolor en el tobillo,

Sargento. sin céntimo en el bolsillo

Cabo. y sin crédito en la plaza;

Huérfana. sin tapa-pudor el cuerpo

Viuda. y sin sandalia en la planta:

Coronel. á la del poder, rendidos,

en petición de demanda,

empiezan con sus clamores á fundar la CLAMORADA.

Como la esperanza no abandona nunca á los humanos, nuestros personajes todos confían en que los buenos oficios del escritor rural no serán perdidos; apenas dice el sargento que la actual Noche-buena será *nochada* en su casa, dice el

Teniente. Si la hacienda determina que nos manden la empajada.

En la mia, con salero,

Viuda. bailarán la zarabanda,

los diez hijos que en cueritos

juegan hoy á la sólana.

Huérfana. Y yo también pagaré

al panadero y el agua,

al zapatero, la tienda,

la lavandera, la casa.

Soldado. (á la huérfana.)

¿Qué, no tapa esos ahujeros?

Huérfana. Está mi crédito en cueros.

Con esto y otros detalles de menor importancia que para la brevedad omito, el *lagarero* firma la exposición y termina el entre-més, fruto peregrino de un ingenio anónimo, que tiene la modestia de no dar su nombre para perjudicar, sin duda, á los futuros bibliógrafos, que tendrán que darse de calabazadas por las iglesias de Trujillo averiguando en cuál de ellas le pusieron la sal y le dieron el agua de salvación.

Al contribuir nosotros á la publicidad de la obra, solo debemos añadir cuatro palabras.

Cuando las desventuras de una clase respetable se traducen en quejas discretas, nada más digno de compasión; pero cuando sirve de base la desgracia para ridiculeces literarias, compadeciéndose aquella por lo

que es en sí, no puede ménos el periodismo de alzar una protesta contra los que juzgan disculpable abusar del glorioso invento de Gutenberg, como sucede al autor de *La Clamorada*.

O. y B.

CASCABELES.

—¿Qué desea Vd.?

—Ver al ministro.

—Es que ya no es el Sr. Sagasta.

—No importa, yo vengo siempre á ver al ministro, sea quien sea. ¿Crea Vd. que yo soy algun pretendiente de esos que no saben su oficio? Si antes venia á pedir por mis servicios á la revolucion, ahora vengo á pedir por mis servicios contra la revolucion.

La misma noche en que se proclamó al rey Alfonso, traía un periódico radical un artículo con esta cabeza:

«¡JAMÁS! ¡JAMÁS! ¡JAMÁS!»

Me gusta á mí en todo la oportunidad.

Dicen que Castelar se quiere marchar.

Hará muy mal, porque todos quieren bien al señor Castelar y reconocen su talento; y que cuando ha sido gobierno ha tenido buena intencion, honradez y elevadas miras. Lo que debe hacer el Sr. Castelar es no predicar, reñir con su arrastrada novia la república imposible, y escribir libros y dar gracias á Dios que le hizo abrir los ojos y ver á la federal en todo su siniestro esplendor.

Puesto que mientras han mandado los correligionarios del general Prim (q. e. p. d.) no se ha podido saber en qué estado se halla la causa formada por aquel crimen, esperamos que ahora se prosiga activamente esta causa y se dé á conocer.

—Siento, amigo D. Cosme, que habrá Vd. tenido que presentar la dimision, estando Vd. tan identificado con la revolucion.

—Pues Sr. D. Judas, yo habré tenido que presentarla, pero no la presento.

—¡Hombre!

—No, señor.

—¿Pues no ha sido Vd. radical, federal, constitucional y hasta cantonal?

—Sí, señor, pero ahora no soy nada de eso ya.

—Pues ¿qué es Vd.?

—Agazapado, y no suelto la tajada.

—Pero, ¿y si le quitan á Vd. el empleo?

—Entonces... no lo diga Vd., porque me pongo malo. Vd. no sabe lo que es acostumbrarse al presupuesto, lo que se le ama, lo que se le adora. Yo no he conocido lo que es amor hasta que lo he probado.

Parece que el Sr. Fornos ha recibido muchas tarjetas de pésame de los radicales. El pésame está muy en su lugar, porque ahora ya no habrá tantos gaudiamus. Hay que economizar el trigo.

En Granada han pedido aguinaldo esta Navidad pasada hasta los sepultureros.

Era lo único que faltaba que ver.

A los de Madrid no se les ha ocurrido; pero creemos que no echarán el ejemplo en saco roto para otro año.

Un periódico setembrino censura que haya ahora *previa idem* para los periódicos.

Con decir que la *previa* censara de militar y de paisano la estableció el gobierno finado, está vista la justicia con que se queja el colega.

Parece que en Durango los guardias del rey carlistas se sublevaron, el otro día pidiendo vino y dinero.

¡Bonito grito de guerra! ¡Viva el vino!

D. Carlos habrá dicho:—¡Valientes señoritos me he echado yo para guardar mi realista personita!

La preciosa música del maestro Barbieri ha hecho del *Barberillo de Lavapiés* una mina para la Zarzuela. La inspiración de este popular compositor no acabará nunca. España debe estar orgullosa de ser madre de tan notable talento musical.

Y no crean Vds. que solo para hacer música tiene talento Barbieri; lo tiene para todo.

—Señora Matea, estoy volada.

—¿Por qué, *señá* Juliana?

—Porque, mire usted, cinco céntimos eché á la rifa del Pardo del día de los Inocentes y ni tan siquiera me tocó la aproximación de un pavo. Yo que pensé comerlo de gorra por mor de la rifa del Pardo.

—Pues ajúntese Vd. conmigo, que en la lotería de Navidad jugué una peseta en un décimo en compañía con otras personas, y *ma locao*, y no me han querido dar más que la misma peseta que pase, porque dicen que solo ha sido premiado el billete con un *reintero* é no sé qué.

—Calle Vd., mujer, si ahora no se hacen más que trampas en *tó* y por *tó*.

Diz que el cura de Alcabon

otra vez salió á campaña,

Pues señor, no hay en España

hombre de más vocacion

para andar por esos campos peleando aunque sea con su sombra.

Confieso que yo no haría otro tanto, no digo yo por D. Carlos 7, pero ni por Carlomagno.

Se vendieron los billetes todos del sorteo de Navidad, y todos los del siguiente, y todos los del Pardo, y todos los de las demás rifas que hay en Madrid, que ya vá siendo abuso el de las rifas.

El gobierno no lo entiende, porque todos los días debería hacer un sorteo de lotería y así tendría dinero abundante.

Para ir á los toros y para jugar á la lotería siempre hay dinero.

Todo español cuenta con que le ha de caer el premio grande de la lotería, y se muere pensando que en el sorteo siguiente vá á salir su número.

Ahora no se ha arrastrado por las calles, como en 1868, á ningun infeliz dependiente de policia, ni se ha buscado á ningun bollero de la calle del Olivo ni de ninguna otra calle, ni ha habido desgracias por cojer armas en el Parque.

El periódico *La Política* está publicando en el folletín una novela titulada *Las huellas del crimen*, original de nuestro compañero de redaccion Teodoro Guerrero, que llama la atencion, como todas las obras del autor de *Anatomía del corazon* y de *Una perla en el fango*.

Y Ruiz Zorrilla callado.

Comprendo que estará el hombre muy abroncado. ¡Y para esto vine yo de Tablada! dirá.

Ahora harán las paces Martos y Rivero, que estaban un poco en disidencia.

—Compare, dirá el segundo, este golpe nos ha hecho iguales.

Y contestará el primero:

—Amigo, la democracia se nos ha aguada. ¿Por qué dejaríamos ir á aquella menor cantidad posible de rey que nos trajimos de Italia?

—Hombre, dirá el segundo, si aquello no era rey ni nada.

Por supuesto que es un cargo de conciencia para todo padre de familia no suscribir á sus hijos al periódico *Los Niños*.

Recomiendo á todos que se suscriban, y no les pesará. Y cuidado que no lo digo porque sea cosa mía.

IMPRESA DE EL CASCABEL.

calle del Cid, núm. 4. (Recoletos).

ANUNCIOS.

A REAL LA LINEA.

Se reciben en la Administracion: Atocha, núm. 59, bajo.

A REAL LA LINEA.

BARAJITA AMOROSA

POR

DON JUAN TENORIO

dedicada á los enamorados.

Solamente cuesta 2 reales esta bonita baraja, con la que los enamorados pueden dirigirse preguntas y respuestas muy tiernas.—Administracion de EL CASCABEL, Atocha 59.

MUJERES DEL EVANGELIO

CANTOS RELIGIOSOS

escritos por el malogrado

LARMIG

Segunda edicion aumentada con el precioso canto

LA HIJA DE JAIRO

Obra recomendada por la censura eclesiástica.

Se vende á 4 rs. para toda España en la Administracion de EL CASCABEL, Atocha, 59, bajo

ALMANAQUE DE LA ILUSTRACION

PARA

1875

Redactado por D. Carlos Frontaura, con la colaboracion de los Sres. Alvistur, Enciso, Guerrero, Gonzalez de Tejada, Bustillo, Ossorio, Perez de Guzman, Raceti, Sepúlveda, Solans y Trueba.

Se regala este magnífico ALMANAQUE, preciosamente impreso y lleno de grabados, á los suscritores de EL CASCABEL que renueven su abono por el año 1875, y á los nuevos que se suscriban por un año.

Es el mejor ALMANAQUE, el más elegante ALMANAQUE, el más completo ALMANAQUE.

Se vende á 4 rs. en Madrid y 5 para provincias. Administracion de EL CASCABEL, Atocha, 59, bajo.

VERMOUTH DE SALLÉS

ÚNICO EN SU CLASE.

Especialidad para combatir las enfermedades del estomago, higado é intestinos. Premiado por el ilustre Colegio de farmacéuticos de Barcelona con medalla de plata, y en varias Exposiciones.

Aprobado por la Academia de Medicina y Cirugia, otras corporaciones científicas y profesores médicos. Depósito en Madrid en casa de los Sres. Prast, Arenal, 8; García Regalado, Mayor, 39; Besteiro, Imperial, 3; Arana, Preciados, 9; Los dos Siglos, Sevilla, 15; y Sanjaume, Horno de la Mata, 15.—Para pedidos de importancia dirigirse á D. Salvador Sallés—por Barcelona—SANS.

LOS NIÑOS

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO

premiada en la Exposicion de Viena

DIRIGIDA POR

DON CARLOS FRONTAURA.

Por un año 40 rs. en Madrid y 50 en provincias.

Administracion, Atocha, 59, bajo.